https://www.tfp.org/why-modern-law-clashes-with-the-social-kingship-of-our-lord-jesus-christ/?pkg=TFP220121a&utm_source=ActiveCampaign&utm_medium=email&utm_content=Modern+Law+Attacks+Kingship+Of+Christ&utm_campaign=TFP220121+-+Modern+Law+Shuns+God&vgo_ee=r6ONuvCnkqPJpx9ZrVMtCg%3D%3D

POR QUÉ EL DERECHO MODERNO CHOCA CON LA REALEZA SOCIAL DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

19 de enero de 2022 | Plinio Correa de Oliveira

"¡No queremos que Él reine sobre nosotros!" "¡No tenemos más rey que César!" He aquí, estos son los términos por los cuales los judíos repudiaron la Realeza de Nuestro Divino Salvador.

Hoy, la lucha todavía se desarrolla en estos términos: "El enemigo es el paganismo de la vida moderna. Nuestras armas son la publicidad mediática y la aclaración de los documentos papales. El tiempo de la batalla es el momento presente. El campo de batalla es la oposición entre la razón y la sensualidad, entre los caprichos idólatras de la fantasía y la verdadera Revelación de Dios, entre Nerón y Pedro, entre Cristo y Pilatos. La lucha no es nueva; sólo el tiempo en el que se desarrolla es nuevo."[1]

Los adversarios de la Realeza de Nuestro Señor Jesucristo no son sólo aquellos que se oponen directamente a Su plan de redención. El coro de estas voces impías y renegadas se hace eco de los católicos que distorsionan las palabras que el Divino Maestro pronunció ante Pilato cuando dijo que su reino no es de este mundo (Juan 18:36). Restringen el significado de estas palabras y hacen parecer que Su realeza es una realeza exclusivamente espiritual sobre las almas y no una Realeza social sobre pueblos, naciones y gobiernos.

Cuando Nuestro Señor dice que Su reino no es de este mundo, lo aclara el gran ultramontano Cardenal Pie.[2] Quiere decir que no viene de este mundo sino del cielo y por lo tanto no puede ser arrebatado por ningún poder humano. Su reino no es como los de la tierra que están limitados y sujetos a las vicisitudes de las cosas de este mundo.

Ley eterna y natural: el fundamento de la moral y la ley

Así, la expresión "de este mundo" está ligada al origen de la Realeza Divina y no significa en modo alguno que Jesucristo niegue su soberanía o el carácter de reino social. Si su reino se limitara a un ámbito estrictamente espiritual o a la vida interior de las almas, Nuestro Señor se habría contradicho descaradamente cuando, entre otras referencias, afirma claramente que "toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28). :18).

Como Vladimir Soloviev[3] afirma: “Si las palabras [de Nuestro Señor] sobre la moneda le habían robado a César su divinidad, esta nueva declaración le roba su poder absoluto. Si César desea reinar sobre la tierra, no puede hacerlo por su propia voluntad: debe hacerlo como delegado de Aquel a quien se le dio todo el poder sobre la tierra”.

Una característica principal del espíritu revolucionario es precisamente la intención de dividir la vida religiosa y civil de los pueblos. No es la voluntad expresa de Dios lo que prevalece en la legislación, que debe provenir de los dictados de la recta razón promulgada por la autoridad legítima en aras del bien común. En cambio, la ley proviene de la expresión de la voluntad general mayoritaria o totalmente soberana. La causa eficiente del bien común no se encuentra fuera y por encima del hombre sino en el libre albedrío de los individuos.

Así, la autoridad pública tiene su origen primario en la multitud. León XIII afirma que esto conduce a la noción errónea de que “así como la razón individual de cada hombre es su única regla de vida, así la razón colectiva de la comunidad debe ser la guía suprema en la dirección de todos los asuntos públicos. De ahí la doctrina de la supremacía del mayor número, y que todo derecho y todo deber residen en la mayoría.”[4]

Así, la sociedad moderna “rechaza cualquier vínculo de unión entre el hombre y la sociedad civil, por un lado, y Dios Creador y, en consecuencia, supremo Legislador, por el otro”.[5]

Antes del siglo XVIII y la Revolución Francesa, todos los países tenían instituciones políticas y sociales basadas en la fuerza de las costumbres cristianas. Posteriormente, se implantó despóticamente en todo el mundo un “nuevo sistema de derecho” artificial y revolucionario.

Estas instituciones premodernas no fueron creadas por asambleas elegidas por la fraudulenta soberanía del pueblo. Como dice Joseph de Maistre, “la constitución civil de los pueblos nunca es el resultado de la deliberación”. Un simple acto de voluntad no debe dictar la ley fundamental que regirá una nación, sino que el principio rector de la ley deben ser los preceptos de la recta razón que no pueden ser ignorados y mucho menos contrariados al mandato Divino. Las leyes humanas deben fluir de la ley eterna. Según León XII, si la ley que establece lo que debe hacerse y excluirse se deja al arbitrio de eventuales mayorías o de la mayor multitud, se allanará el camino para conducir a un pueblo a la tiranía.

10 Razones Por las Cuales el “Matrimonio” Homosexual es Dañino y tiene que Ser Desaprobado

Así, el liberalismo preparó al mundo moderno para las cadenas que lo atan al Leviatán totalitario. Lo hizo cambiando la ley de su fuente natural (que es la voluntad de Dios expresada por la ley natural y la Revelación, de la cual la Iglesia es la guardiana e intérprete infalible) a sectarios políticos que se apoderaron de los cuerpos legislativos a través de la alquimia del sufragio universal y a fuerza de golpes políticos.

Por eso, Napoleón se declaró más orgulloso del código legal que lleva su nombre que de todas sus victorias militares como soldado. Al codificar todo el torrente de leyes emanadas de las asambleas revolucionarias, este consolidador de la Revolución Francesa logró más que en los campos de batalla.

El experto legal de Napoleón, Jean-Jacques Cambacèrès y sus compinches lograron dar una apariencia de orden al caos de la legislación racionalista revolucionaria preocupada solo por las apariencias del orden natural y completamente ignorante del orden sobrenatural.[6] Si bien este naturalismo solo sería suficiente para separar esta legislación revolucionaria de la ley eterna, muchos artículos en el Código Napoleónico se opusieron directamente a Jesucristo y Su Iglesia.

Así, este código cesarista establecía el "matrimonio civil" y permitía el divorcio. Atacó la propiedad familiar, las leyes de herencia y el derecho a hacer testamento. Se negó a reconocer las órdenes religiosas y negó el derecho de la Iglesia a adquirir y poseer propiedades libremente. Mantuvo la supresión revolucionaria de los gremios y la libertad sindical. Afirmó el falso principio de la igualdad civil y política de todos los ciudadanos. La familia recibió otro golpe mortal al insistir en el falso principio que prescribe el reparto equitativo de la herencia. Este código revolucionario se convirtió en el modelo legal que adoptarían todos los Estados modernos. Prohibió efectivamente a Cristo Rey de los gobiernos y leyes que rigen a los pueblos.

De ahí que se pueda decir, con Antoine Blanc de Saint-Bonnet[7] , que "el imperio fue la culminación del liberalismo, o, en otras palabras, la instalación del cesarismo: la sustitución perfecta de Dios por el hombre, de la Iglesia por el Estado que jamás tuvo lugar fuera del Imperio Romano, o, si prefieres, el Imperio Otomano.

Bajo tales condiciones, las puertas están abiertas al socialismo y al comunismo porque el liberalismo conduce inevitablemente allí. El comunismo no toma el poder porque el liberalismo es una reacción que provoca su propia represión, como afirman algunas teorías fortuitas de los sociólogos. Su esencia y características llevan a la sociedad al comunismo.

La Iglesia y el Estado Comunista: La Convivencia Imposible

El liberalismo engendra el ateísmo a través del desprecio por la Fe y la libertad desenfrenada otorgada a los errores religiosos y sociales. Luego socava profundamente la propiedad por su forma de tratar los derechos de la nobleza, expropiando los bienes de la Iglesia, disponiendo arbitrariamente de la herencia familiar, consintiendo los abusos económicos y favoreciendo la explotación del hombre por el hombre. Finalmente, el liberalismo se instala en los estados con la fuerza brutal de las masas, entregando la autoridad atada de pies y manos al sufragio universal. Así, concluye Blanc de Saint-Bonnet, "el comunismo se basa en el ateísmo, la apropiación del capital y la fuerza empleada por las masas".[8]

De hecho, el punto focal de todo este esfuerzo revolucionario es la negación radical de la Realeza Social del Divino Salvador. "¡No queremos que Él reine sobre nosotros!" "¡No tenemos más rey que César!"

En consecuencia, el cardenal Pie afirma que "el error dominante, el crimen capital de este siglo, es la pretensión de sustraer a la sociedad del gobierno y la ley de Dios… El ateísmo en la ley y las instituciones es el principio que sirve de fundamento a todo el sistema social moderno . pedido. Ya sea disfrazado bajo nombres [diferentes], . . . el principio de liberar a la sociedad humana de la dirección religiosa permanece en el fondo de las cosas; es la esencia de lo que se llama los nuevos tiempos".[9]

Para no desertar de la Fe, el católico debe, por tanto, como miembro de la Iglesia Militante, luchar por la restauración del Reino de Cristo como único camino para restaurar la única civilización verdadera, que es la civilización cristiana o la ciudad católica.

La ciencia lo confirma: Ángeles se llevaron la casa de Nuestra Señora de Nazaret a Loreto

Si Jesucristo es el Rey de toda la Creación, Su Santísima Madre es la Reina del cielo y de la tierra. San Luis María Grignion de Montfort dice que Jesucristo vino al mundo por medio de la Santísima Virgen y debe reinar en el mundo por medio de ella. La devoción a la humilde Virgen María, tan despreciada por los orgullosos hinchados por la vana ciencia mundana, está tan ligada a la doctrina católica que se la puede llamar el último eslabón de una cadena de verdades. El primer eslabón es el dogma de Dios Creador. Este último eslabón impide que la sociedad se sumerja en el abismo del naturalismo y el comunismo. Las preguntas más cruciales con las consecuencias de mayor alcance en el orden humano y social giran en torno a estos artículos de Fe y puntos de dogma ahora relegados a las premisas de la iglesia.

En este mes del Rosario y de la fiesta de Cristo Rey, elevemos nuestras fervientes súplicas al trono de la Madre de Dios para acelerar la completa restauración del Reino de su Divino Hijo para la humanidad doliente.

El artículo anterior se publicó originalmente en el número de octubre de 1952 de Catolicismo. Ha sido traducido y adaptado para su publicación sin la revisión del autor. -Editor

62

notas al pie

1. Discurso del cardenal Eugene Pacelli ante el Congreso de la Prensa Católica de los Estados Unidos, 1936.
2. El cardenal Louis-Édouard-François-Desiré Pie (1815-1880), fue el obispo católico francés de Poitiers. Fue conocido por su franco ultramontanismo y defensa del reino social de Cristo Rey.
3. Vladimir Sergeyevich Solovyov (1853-1900) fue un filósofo, teólogo, poeta, panfletista y crítico literario ruso. Estaba a favor del regreso de la Iglesia Ortodoxa Rusa a Roma.
4. León XIII, Encíclica *Libertas* , 20 de junio de 1888 @ https://www.vatican.va/content/leo-xiii/en/encyclals/documents/hf_l-xiii_enc_20061888_libertas.html .
5. Ídem.
6. Jean-Jacques-Régis de Cambacérès (1753-1824) fue un estadista y jurista francés que fue segundo cónsul de Napoleón Bonaparte y fue su asesor legal en todos los asuntos jurídicos. Jugó un papel decisivo en la formulación del Código Napoleónico, o Código Civil de 1804 y códigos posteriores.
7. Antoine-Joseph-Elisée-Adolphe Blanc de Saint-Bonnet (1815-1880) fue un pensador ultramontano, contrarrevolucionario y legitimista francés muy estimado, cuyas ideas fueron precursoras de la sociología moderna.
8. Blanc de Saint-Bonnet, en *La Legitimité.*
9. **Louis-Edouard** Cardinal Pie, *Oeuvres* , **tomo** 7 **.**